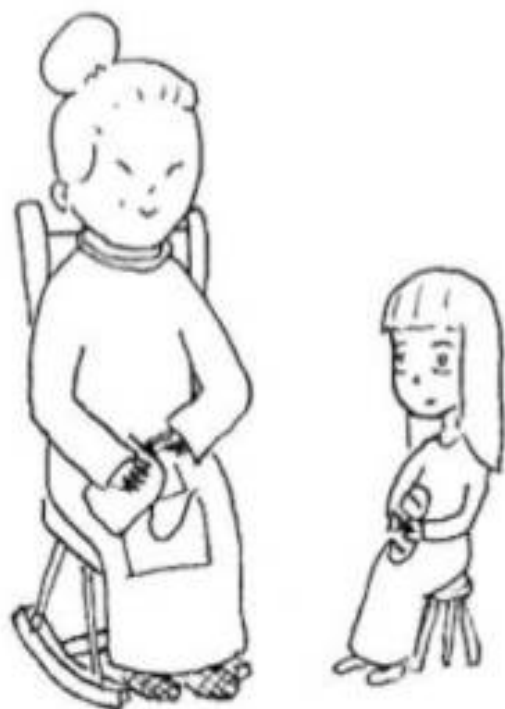


Próxima estación... el cielo

y otros cuentos



PRÓXIMA ESTACIÓN... El Cielo

(y otros cuentos)

Francisco García González

Ilustraciones Francisco García Dosil

índice

[Prólogo](#)

[Próxima estación... el Cielo](#)

[Leyenda del cuarto Rey Mago](#)

[La subida al Calvario](#)

[Cuento para comer](#)

[El caracol o los arreglos de última hora](#)

[Los cuentos son cosa seria](#)

[El Martinico](#)

[Cruzamal o el Cielo puede esperar](#)

[Un mundo paralelo](#)

[El caprichoso mundo de las letras](#)

[El metro y su familia](#)

[7 x 7 = 49](#)

[Litro, litrona y chupito](#)

[Apéndice o última prueba](#)

Prólogo

Este pequeño libro tiene como objetivo plasmar en sus páginas una serie de leyendas y cuentos que no deseo olvidar y que me pueden ayudar a leerlas con posterioridad y reflexionar con sosiego. Cada capítulo es independiente. Unos relatos son inventados, otros los he desarrollado a partir de alguna noticia o historieta que oí en algún momento.

Decidí ponerle por título "Próxima estación... el Cielo" porque de alguna u otra forma la mayor parte de los relatos están relacionados con el encuentro final del hombre con Dios.

Quizás el mejor título hubiese sido "A mi manera" porque no pocos de estos capítulos nacen a partir de alguna reflexión original o de leyendas transformadas y contadas con mis propias palabras, ampliando el contenido, adornándolas o llegando a conclusiones que me pueden servir personalmente.

Próxima estación... el Cielo

Es posible que fuese en la homilía de una Misa de difuntos donde escuché esta especie de historieta o cuento con su moraleja final. Pero tanta huella dejó en mi interior que no me resisto a dejarla por escrito y ampliarla con algunos añadidos personales para que me ayuden a repasarla en momentos puntuales.

No importa el nombre del protagonista. Solo que se trataba de un varón maduro, casado y con hijos, buena posición económica y social... en definitiva, un hombre normal y además buena persona.

La mala suerte, el mal fario, el azar, el destino o lo que fuese quiso que este hombre se topara un desgraciado día con la mismísima muerte. No se sabe cómo fue ni en qué preciso momento. Es posible que por la mañana en una revisión médica rutinaria, o al mediodía visitando a un familiar en el hospital o, quizás, por la tarde en una curva traicionera cuando volvía en coche a su casa... hasta pudo ser que la misma muerte traicionera fuese la que al anochecer llamara a la puerta de su propia casa.

El hombre protestó, no entendía por qué la muerte le tendía esa trampa mortal, por qué había clavado su fría mirada en él. Se encontraba bien de salud, aún le quedaban muchos proyectos por realizar, estaba fuerte, animoso y vital. Pero ella ni se inmutaba, no atendía a razones. El hombre intentó rebelarse, después se indignó, pero de nada servían sus quejas... la muerte se mantenía impasible, injusta, cruel, despiadada, inflexible.



Pronto rompió a llorar, a lamentarse y a suplicar. Le explicaba a la muerte que aún no estaba preparado para dar ese decisivo paso, que le producía vértigo la vida del más allá, que necesitaba ayuda y compañía para andar ese camino tan difícil. Tanto suplicó que la muerte le concedió dos días de vida para prepararse y buscar compañía para tan trascendental trance. Pasado ese tiempo volvería a buscarlo.



El ambiente en el bar parecía el de una tarde cualquiera. Todos charlaban, no recuerdo bien si de fútbol, política o de asuntos de faldas... los temas más socorridos en este tipo de ambiente. Después de la primera copa vino la segunda y en el grupo de amigos alineados en torno a la barra la charla cada vez parecía más animada. A la tercera copa invitó nuestro hombre y fue entonces cuando explicó a todos su encuentro con la muerte.

Quedaron atónitos, perplejos y en silencio. Aprovechando la situación creada con sus palabras se atrevió a pedirles que como buenos amigos les acompañase en ese trance tan difícil, que en situaciones así se demostraba la verdadera amistad. Después de tan largo y penoso silencio cada uno de los amigos comenzó a excusarse de la mejor manera posible:

— Compréndelo... yo no puedo dejar a mi familia para acompañarte.

— Lo siento... me gustaría estar a tu lado... pero me es imposible.

— Aunque no vayamos contigo... siempre estarás en nuestro corazón.

— ... Tú no te preocupes... naturalmente iremos a tu entierro, estaremos en tu funeral. Ya sabes que te apreciamos, pero no podemos acompañarte.

Fue su último vino, salió del bar con la cabeza baja, triste y sabiendo que no podía contar con los amigos en un momento tan trascendental para él.

Al llegar a casa, como cada noche, su mujer le aguardaba con el beso en la mejilla y la mesa puesta con esmero y cariño. Sus tres hijos, ya crecidos, lo saludaron como siempre: una estudiaba, otro volvía del trabajo y el mayor de dejar a la novia.

Ya era noche cerrada, cuando al postre, el hombre se atrevió a explicar su auténtico problema. La mujer ya lo había interrogado varias veces. Lo veía pálido y triste. Entonces con lágrimas en los ojos les dijo que solo faltaba un día para que la muerte volviese a su encuentro, que no deseaba marcharse al más allá sin ellos, que fueran todos juntos a encontrarse con Dios.

Y el silencio volvió a reinar, ahora en la cocina. Nadie hablaba, la mujer lloraba, alguna lágrima rodaba por las mejillas de los hijos. Cuando, al fin, la mujer se expresó entre sollozos:

— Cariño, lo que más deseo en el mundo es estar siempre contigo, pero no puedo acompañarte, tengo que cuidar a mi anciana madre y no puedo dejar huérfanos a nuestros hijos que tanto nos necesitan.

Y de forma parecida fueron excusándose los hijos. Desde luego siempre viviría en sus corazones, rezarían por su alma, acudirían a su sepultura el día de Difuntos y... bla, bla, bla.

Fue entonces cuando saboreó la amargura de la soledad, cuando se convenció que nadie le haría compañía en el momento de la verdad final. Las horas pasaban, la muerte acechaba y él no se resignaba, a pesar de todo, a tan penoso desenlace.

Comprendió que aún no estaba todo perdido. Como persona bien acomodada socialmente disponía de recursos y posesiones suficientes que le podrían ayudar a salir del trance: una cuenta bancaria, unas extensas fincas, varios pisos, alguna casa, etc. eran recursos que le ayudarían a tirar para adelante.

Se decidió a hablar con sus riquezas y posesiones exponiéndoles su problema y pedirles que le acompañasen a la nueva vida que iba a emprender. Éstas ni se inmutaron, solo alegaron que estarían encantadas en acompañarlo... pero que en el más allá no tenían ningún valor; que aquí eran muy codiciadas y valoradas por todos, sin embargo en la otra vida no eran tomadas ni en consideración. Aún más, no podían pasar de este mundo al otro. Para ellas se trataba de un viaje imposible.

Fue en este momento cuando nuestro hombre quedó rendido a su mala suerte. Pasaban las horas, la angustia lo consumía y le roía las entrañas. La muerte estaba al llegar y el pobre quedó solo y sin argumento alguno. Pero... he aquí que en el último momento, repasando y examinando lo que había sido su vida se dio cuenta que a lo largo de los días y los años había realizado una considerable cantidad de buenas obras.

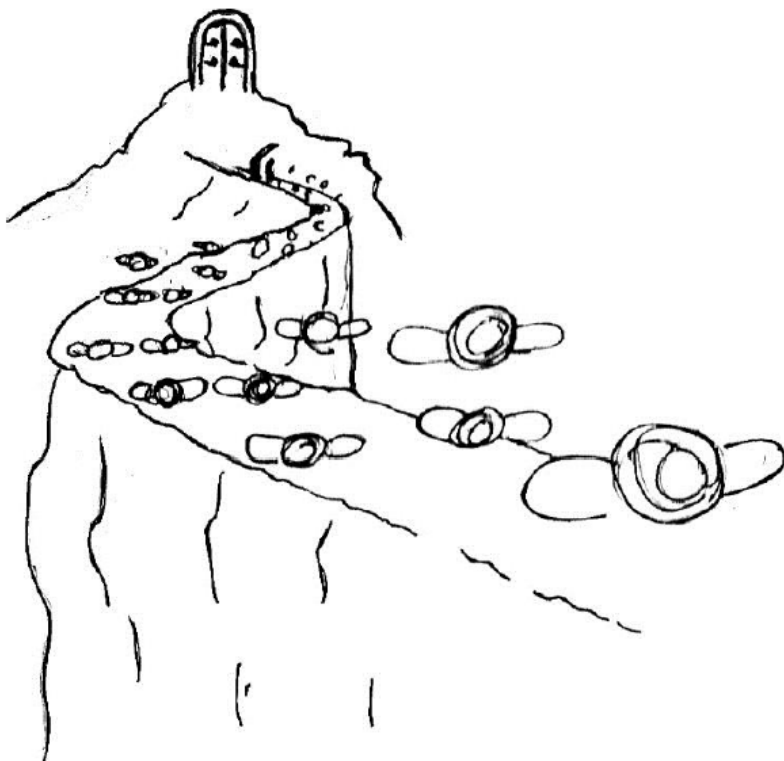
Hay que tener en cuenta que se trataba de un hombre bueno: ayudó a muchos en momentos de apuros, fue ecuánime con todos, socorrió a quien lo necesitó, se esmeró como esposo, padre, amigo y vecino... Y eso, año tras año, se tradujo en un sinfín de buenas acciones.

Se decidió, pues y en el último momento, acudir junto a ellas y pedirles si les podían acompañar en el viaje que debía realizar tras su inminente muerte. Al visitarlas se dio cuenta que

sus buenas acciones eran bastantes más de lo que pensaba, casi innumerables. Todas lo acogieron con cariño y se mostraron dispuestas a acompañarlo:

— Por supuesto que iremos siempre contigo a dondequiera que tú vayas, nunca te dejaremos solo, siempre estaremos a tu lado.

Y así fue. Llegó la muerte puntual a su cita quedando sorprendida del ambiente y alegría que se respiraba en la casa. Con la guadaña apartaba como buenamente podía a la legión de buenas acciones que esperaban en la puerta y por los pasillos. Se lo llevó sin remedio, pero nuestro hombre no emprendió solo el postrero viaje. Las buenas acciones lo flanqueaban a ambos lados, otras abrían el camino y las restantes atrás como si se tratase de la más solemne de las procesiones. Cuando el camino se volvía inhóspito lo animaban, si oscuro lo alumbraban para que no tropezase su pie, y en las encrucijadas les indicaban el camino correcto a seguir. Y lo más importante... nunca volvían la vista atrás, esperanzados siempre en el final del trayecto. Más que una penosa caminata aquello parecía una alegre y ruidosa romería con destino final en el Cielo.



Ante tan ruidosa algarabía S. Pedro divisó a lo lejos a un hombre feliz rodeado de buenas acciones. Se vio obligado a abrir de par en par las puertas de la Gloria para evitar apreturas y que pudiesen entrar sin ningún percance. Allá en lo Alto decretaron fiesta y los ángeles cortejaban a nuestro hombre feliz que con sus manos llenas de buenas acciones se presentaba ante el mismísimo Dios y éste le ofrecía asiento a su diestra.

Y cuando las buenas acciones fueron puestas en la balanza de la justicia divina pesaban muchísimo más que las faltas y pecados... e incluso no cabían todas y algunas andaban desparrramadas por doquier. Aún hoy los santos escuchan la historia que cuenta cada buena acción y hasta creo que continúa la fiesta allá arriba en el Cielo.

Leyenda del cuarto Rey Mago

¿Sabías que los Reyes Magos eran cuatro? Si consultas en internet enseguida sabrás que el cuarto Rey se llamaba Artabán. Pero es una historia tan bonita y tierna que no me resisto a la tentación de contártela a mi manera.

Pues resulta que Artabán también escrutaba los cielos e investigaba los secretos de Zoroastro que anunciaban la inminente llegada de un Salvador que haría de este mundo un lugar más digno y acogedor para los hombres. No me preguntes cómo, pero en verdad es que se citó con los Reyes babilónicos Melchor, Gaspar y Baltasar en la ciudad de Borsippa para seguir la estrella que les guiaría hasta el lugar exacto del nacimiento del Mesías.



También él preparó sus ofrendas para el Redentor, y no solo una, sino que fueron tres: un diamante que neutralizaba los venenos, un trocito de jaspe como amuleto de la oratoria y un rubí para alejar las tinieblas que confunden al espíritu.

El joven Artabán cabalgó raudo y veloz para no faltar a su cita con los tres Reyes Magos e iniciar un camino desconocido guiados por la estrella. Pero quiso la mala suerte que al salir de la ciudad de Babilonia y cruzar el río Éufrates se topara con un hombre malherido, casi moribundo y que había sido asaltado por unos maleantes.

Nuestro jovial y voluntarioso cuarto Rey Mago se compadeció del apaleado comerciante, detuvo su presurosa marcha y lo socorrió. Después de curarle las heridas lo trasladó a la posada más próxima para que recibiera las correspondientes curas y se recuperara de su maltrecho estado. Al ser informado de que el pobre comerciante había sido desvalijado de todas sus pertenencias le regaló el diamante para remediar tan difícil trance, se recuperase en salud y pagase los cuantiosos gastos venideros.

Al fin y al cabo aún le quedaban dos regalos para ofrecer al Salvador... y por fin pudo proseguir su camino.

El pobre Artabán, aunque al ser rey no debía ser tan pobre, llegó a Borsippa... ¡pero tarde! Melchor, Gaspar y Baltasar ya habían partido siguiendo la estrella, aunque eso sí, le dejaron una nota en la que podía leerse textualmente: "Nuestro querido Artabán, no podemos esperarte más, la estrella se ha puesto en camino y tememos perderla, sigue nuestros pasos y las pistas que te iremos dejando a través del desierto".

Y artabán no se detuvo en la ciudad, continuó su camino por las inhóspitas dunas del desierto. Sufrió sed, tormentas de arena, soledad... tanto empeño puso en la marcha, tan bien descubría las pistas que dejaban sus compañeros que parecía les iba a dar alcance, pero la fatalidad quiso que su brioso caballo no resistiese las duras jornadas y muriese extenuado. Ahora la marcha a pie se hacía casi insoportable y el avance insignificante. Pero nada podía detenerle... su empeño y esfuerzo eran superiores a las inclemencias del tiempo y la adversidad del camino.

Y consiguió llegar a Belén. Más que un Rey Mago parecía un pobre, sucio y andrajoso mendigo... Pero otra vez llegó tarde. No consiguió encontrar a sus compañeros los Reyes, pero fue testigo de numerosos tumultos: mujeres gritando, hombres llorando y soldados persiguiendo a los niños inocentes. Entre tanto alboroto pudo enterarse que el Niño Jesús ya había nacido en un portal y que Herodes había ordenado a su ejército que matase a todos los niños menores de dos años.

La estampa era patética, casi irreal: una mujer de rodillas con los brazos al cielo, implorando, aferrándose a su niño que se escurría de sus manos y un soldado, espada en mano, a punto de atravesarlo. Artabán reaccionó rápido. Como si de un acto reflejo se tratase se interpuso entre la inocente criatura y el arma mortal al mismo tiempo que ofrecía al vil justiciero el trocito de jaspe. Pensó que, al fin y al cabo, aún le quedaba un último regalo que ofrecer al ya nacido Salvador, si es que llegaba a encontrarlo, cosa de la que empezaba a dudar.

La madre huyó despavorida con su hijo en brazos, el soldado marchó con su recompensa, pero a nuestro pobre Rey lo detuvo el capitán que vio los hechos y lo acusó de soborno a la autoridad. Fue encadenado y conducido a Jerusalén, por suerte

ambas ciudades solo distaban entre sí unos 15 km aproximadamente.

Recluido en las mazmorras del castillo de Herodes, sin juicio, sin posibilidad de defenderse, condenado de por vida a vivir en las tinieblas, olvidado, a pan y agua y a convivir con el silencio, la locura, las ratas y la miseria más absoluta.

Fueron nada menos que treinta años de reclusión. Demasiado tiempo. Muchas cosas cambiaron en Palestina mientras que la historia se había detenido para él.



Después de tanto tiempo en el olvido, alguien se fijó, se compadeció y solicitó su indulto a Poncio Pilato. El gobernador romano firmó su libertad, al parecer solía indultar con facilidad. Artabán, después de treinta años, pisó las calles de Jerusalén, desorientado, sin noción del tiempo, demacrado, desnutrido...

La luz del sol, el ruido y un río de gente que marchaba al monte Calvario para presenciar la ejecución de un hombre que

decía ser el Mesías le desorientaron aún más. Se dejó llevar por el gentío y al pasar por las cercanías del templo vio como subastaban a una joven doncella de cabellos dorados. Se apiadó de ella y para evitar que cayera como esclava de un lascivo aristócrata, rebuscó en el dobladillo de su andrajosa túnica y compró su libertad con el precioso rubí que aún conservaba.

Mucho le agradeció la joven su buena acción besando sus manos y abrazándolo. Poco después quedaba solo, pero satisfecho y feliz. Se quedó sin regalo alguno para el Salvador, pero la libertad de la joven le llenaba de orgullo. Al fin y al cabo pensó que nunca se encontraría con el Mesías después de tantos años de esfuerzo y de búsqueda. Las calles de Jerusalén estaban desiertas, toda la muchedumbre parecía estar ya en el Monte Calvario.

Mientras reflexionaba así, de pronto y sobre las tres de la tarde, el cielo se oscureció, el velo del templo se rasgó en dos, la tierra tembló y todo parecía desmoronarse como si se acercase el fin del mundo. Ya darás por supuesto que nuestro Rey Artabán solía tener siempre la suerte a sus espaldas y de frente el infortunio; pues sería por eso que una piedra desprendida del templo se desplomó sobre su noble y coronada cabeza.

Al instante cayó fulminado, aturdido y casi desmayado. Se acercaba su fin. Poco antes de expirar vio como la figura de un hombre misterioso le cogía por los hombros, lo consolaba y le susurraba:

— Porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, estuve desnudo y me vestiste, estuve enfermo y me curaste, me hicieron prisionero y me liberaste... Por todo eso, te aseguro Artabán que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso.

Mirando sus manos vacías de jaspe, diamantes y rubíes, pero consolado por estas palabras aún tuvo fuerzas para dibujar en sus labios una leve sonrisa y añadir:

— ¿Cuándo hice yo lo que decís?

Acogiéndolo más entre su pecho le volvió a susurrar:

— Cuanto hiciste por mis hermanos, lo has hecho por mí.